

Mieke BAL, Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología), Madrid, Cátedra, 1985. Traducción de Javier Franco.

Dentro del panorama de los estudios dedicados a la narrativa destacan en los últimos años los intentos de descripción teórica. La diversidad y complejidad de estos trabajos han creado cierto confusiónismo conceptual y terminológico, por lo cual es de agradecer la aparición del libro de Mieke Bal, que viene a resumir las investigaciones modernas sobre teoría de la narrativa.

El volumen comprende una introducción y tres capítulos, además de una breve bibliografía y un índice temático. En la introducción señala la autora su propósito de ofrecer "una exposición de una narratología coherente y sistemática, y de los conceptos que a ella incumben" (p. 11) y presenta el libro como un instrumento para describir textos narrativos. A continuación, Bal señala la existencia de tres estratos en el texto narrativo: la fábula, entendida como serie de acontecimientos, la historia, que resulta de la organización de los elementos de la fábula, y el texto, que es la historia expresada mediante signos lingüísticos.

El primer capítulo está dedicado a la descripción de la fábula. Bal distingue en ella cuatro elementos constitutivos: acontecimientos, actores, tiempo y lugar. Un acontecimiento se define como la transición de un estado a otro que causan o experimentan actores. Para comprobar qué frases del texto representan un acontecimiento Bal propone los criterios de cambio, elección y confrontación, los cuales permiten averiguar qué hechos deben considerarse acontecimientos y agrupar éstos entre sí, de modo que revelen la estructura de la serie. Las series de acontecimientos pueden combinarse de innumerables formas, lo cual da lugar a un número ilimitado de fábulas. De entre los modelos de estructuración de los acontecimientos, Bal destaca el propuesto por Bremond, que distingue entre procesos de mejoría y procesos de deterioro, los cuales constituyen en conjunto un ciclo narrativo. Dicho modelo, en todo caso, no es único; los acontecimientos de la fábula se pueden relacionar de modos muy diversos y la elección de uno u otro dependerá de la pertinencia de cada uno en relación con un texto concreto.

Los actores se dividen en clases según la intención que preside su actuación. Una clase de actores que comparte una cualidad característica se denomina actante; la relación de intención común a dicha clase recibe el nombre de función. Siguiendo el modelo actancial Bal distingue tres parejas principales: por un lado, sujeto, actor que persigue un objetivo, y objeto, que es dicho objetivo; en segundo lugar, dador (o remitente), clase de actores constituida por quienes apoyan al sujeto o realizan lo que desea, proveen el objeto o permiten que se provea, y receptor (o destinatario), que es quien recibe el objeto; y, por último, ayudante, clase de actores que ayudan al sujeto a conseguir su objetivo, y oponente, enfrentado a la consecución del objetivo. La especificación de los actantes puede hacerse también mediante otros criterios. Entre ellos, la competencia o capacidad del

sujeto para realizar su programa, el valor de su verdad, es decir, la "realidad" de los actantes dentro de la estructura actancial, las relaciones psicológicas o ideológicas que se establecen entre actantes, etc.

Dentro del estudio del tiempo en la fábula, Bal distingue dos aspectos fundamentales: duración y orden (o cronología). Respecto a la duración afirma la existencia de dos tipos de fábulas: crisis, que transcurre en un corto espacio de tiempo en el cual se condensan los acontecimientos, y desarrollo, que ofrece una larga extensión. En relación con la cronología de los acontecimientos la autora observa dos fenómenos de interés: la elipsis, o eliminación de algún momento en la secuencia temporal de una serie, y la elaboración de la fábula en líneas paralelas, denominada paralelismo. Por último, Bal destaca la importancia del lugar donde transcurre la fábula y propone un método de análisis de su significación basado en criterios estructuralistas.

El segundo capítulo estudia los aspectos de la historia. Uno de los principios más importantes de ordenación, según Bal, es el que se deriva de la relación de la secuencia de acontecimientos de la historia con el orden cronológico de la fábula. Las diferencias entre la ordenación de la historia y la cronología de la fábula se denominan desviaciones cronológicas o anacronías. Las distintas formas que adoptan las desviaciones cronológicas en la historia se producen según su relación con tres aspectos: la dirección que toma la anacronía a partir del momento en que aparece, la distancia, es decir, el período temporal transcurrido entre el "presente" del desarrollo de la fábula y el tiempo en que transcurre la anacronía, y el lapso, o extensión de tiempo que ocupa ésta.

A continuación la autora se ocupa del ritmo narrativo, que consiste en la relación entre la cantidad de tiempo que cubren los acontecimientos de una fábula y la cantidad de tiempo que ocupa su presentación en la historia. El problema principal en el análisis del ritmo —señala Bal— es determinar cuál debe ser el principio para medirlo. La autora, siguiendo las teorías de Müller, admite como medida del tiempo de la historia la cantidad de espacio del texto que cubre cada acontecimiento. De acuerdo con la relación entre tiempo de la fábula y tiempo de la historia, distingue cuatro ritmos narrativos (o tempi): elipsis, resumen, escena, deceleración y pausa. Estrechamente relacionado con el orden y el ritmo se halla otro aspecto de la historia, la frecuencia, que se define como la relación numérica entre los acontecimientos de la fábula y los que aparecen en la historia.

El cuarto espacio de la historia es la elaboración de los personajes. Después de establecer las diferencias existentes entre los conceptos de actor, actante y personaje, Bal pone de relieve la dificultad de elaborar una teoría coherente sobre los personajes, dificultad debida a la semejanza de éstos con los seres humanos. A continuación la autora estudia las circunstancias que determinan a un personaje y hacen predecible su comportamiento, considera sus relaciones y transformaciones, propone el análisis de sus caracte-

rísticas mediante la selección de los ejes semánticos pertinentes y estudia las fuentes de información que lo caracterizan. Finalmente aborda los criterios de definición del héroe narrativo.

El espacio en la historia queda definido por el modo en que se percibe el lugar de la fábula. Bal analiza las formas de percepción del espacio, su significado y función dentro de la historia, las relaciones que establece con otros elementos (acontecimientos, personajes y tiempo) y las fuentes de información que contribuyen a hacerlo perceptible para el lector.

El último y más importante aspecto de la historia es, según Bal, la focalización, término que designa las relaciones entre los elementos presentados y la concepción a través de la cual se presentan. La autora expone las razones que la llevan a preferir el término focalización a otros ya propuestos por la teoría narrativa (punto de vista, perspectiva, situación narrativa, etc.). A continuación analiza el proceso de focalización, dentro del cual señala dos componentes principales: el focalizador, sujeto de la focalización, es el punto desde el que se contemplan los elementos; puede ser un personaje que participa en la fábula como actor (focalización interna) o un agente anónimo, exterior a la fábula (focalización externa); el objeto focalizado, por su parte, constituye el objeto de atención del focalizador. Bal considera las múltiples relaciones existentes entre focalizador y objeto focalizado y describe los distintos niveles de focalización que pueden darse en un texto narrativo. Por último, estudia el fenómeno del suspense según la manipulación de la información ofrecida al lector por parte del focalizador.

La autora dedica el tercer capítulo al texto, que es la historia contada por un agente narrativo -el narrador- mediante signos lingüísticos. Después de aclarar las diferencias entre las nociones de autor implícito (propuesta por Wayne C. Booth) y narrador, Bal estudia este último concepto, al cual considera "fundamental en el análisis de los textos narrativos" (p. 126). Comienza por discutir la relación entre los conceptos de focalización y narración; a continuación niega la distinción tradicional entre narrador en primera persona y en tercera persona, afirmando que en ambos casos hay sólo un "yo" sujeto hablante con distintos objetos de emisión. Por último, estudia las situaciones narrativas, es decir, las diversas relaciones del "yo" narrativo con el objeto de la narración.

Bal trata también en este capítulo aspectos del texto que no considera narrativos. Por un lado, las partes discursivas, que son enunciados referidos a aspectos del conocimiento general que se sitúan fuera de la fábula. Por otra parte, las descripciones, definidas por la autora como fragmentos textuales en los que se atribuyen rasgos a objetos. Bal destaca los tipos de motivación que hacen necesaria la descripción en el texto narrativo y señala los elementos que componen la descripción y los diferentes tipos posibles de descripción según las relaciones entre sus componentes.

Cierra este tercer capítulo el estudio de los niveles de narración, es decir, de los fragmentos narrativos intercalados dentro de la fábula básica. La autora describe las formas de interferencia entre textos pertenecientes a diversos niveles narrativos (estilo directo, estilo indirecto e indirecto libre) y las variadas estructuras a que da lugar la relación entre textos básicos e intercalados. Por último, se analizan los textos intercalados no narrativos (diálogo y monólogo) y su función respecto al texto básico.

El libro de Mieke Bal cumple satisfactoriamente sus objetivos de exponer de manera coherente y sistemática la teoría de los textos narrativos y de ofrecer un instrumento para la descripción de los mismos. En efecto, la obra ofrece un amplio utillaje analítico y destaca por el rigor expositivo y por su claridad, cualidades estimables teniendo en cuenta la dificultad intrínseca de muchos estudios narratológicos. Cabría preguntarse, no obstante, si un análisis tan complejo como el que aquí se propone es necesario y, sobre todo, si sus resultados prácticos lo justifican. Por otro lado, creo que en algún punto -por ejemplo en el estudio de la focalización y de los niveles de narración- la profesora Bal se deja arrastrar por el prurito "cientifista" y propone una notación alfanumérica que no contribuye demasiado a esclarecer los fenómenos que trata. Un aspecto que se agradece especialmente lo constituyen los breves comentarios que figuran al final de cada capítulo acerca de las más importantes investigaciones narratológicas relativas a los aspectos tratados por la autora. Para finalizar, he de llamar la atención sobre algunos descuidos en la traducción y algún que otro clamoroso error de imprenta (mobiliar, p. 42). Faltan también, en la bibliografía final, varias fechas y las entradas correspondientes a algunos autores citados previamente (al menos, Müller, Todorov y Van Dijk).

EDUARDO M. LAREQUI GARCIA